

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 9 DE OCTUBRE DE 1921

NÚM. 19.558

UNA GLORIA PÓSTUMA EL CENTENARIO DE AMIEL

GINEBRA, mejor dicho, toda la Suiza romanda, celebra por estos días el primer centenario del nacimiento de Amiel. Por grata coincidencia, el libro en que yo hablo, extensa y amorosamente, de Amiel, acaba de ser reeditado en mis *Obras completas*. «Don Quijote en los Alpes» es, en suma, mi homenaje al noble y doliente pensador. Más de la mitad del volumen se consagra al examen — un examen puramente sentimental — del *Diario Intimo*, a la revista de los críticos de Amiel y al relato anecdótico de las visitas que hice en Ginebra — en el otoño de 1906 — a mademoiselle Berthe Vadier, que cerró los ojos del filósofo, y a M. Charles Blanchier, que asistió a sus admirables cursos de Filosofía y de Estética en la Academia de Ginebra.

El capítulo de «Don Quijote en los Alpes», titulado *La amiga del filósofo*, se publicó precisamente en LOS LUNES DE EL IMPARCIAL, en 1907, y fué el primero de una colaboración bastante asidua en esta hoja ilustre.

Han pasado quince años... He escrito, he viajado y he vivido mucho. ¿Son hoy mis ideas sobre la obra y la persona de Amiel las mismas de 1907? Creo que sí; pero también me parece que mi *amielismo* es menos juvenil, menos romántico.

En el otoño de 1906 tenía yo... veintidós años. ¡Con qué entusiasmo, apenas llegado a las orillas del Leman, me dediqué a leer a Amiel, a interrogar a algunos de sus discípulos, a visitar a aquella mademoiselle Vadier — una dama septuagenaria que casi me tomó por un excéntrico, y de la que me vengué incruentamente en mi libro!

Enrique Federico Amiel era mi primer amor literario. ¿Qué sentimientos alimentaban esta pasión? Algo de vanidad sin duda: la vanidad de hablar en España de una gloria ignorada, de un dios menor del pensamiento contemporáneo, que apenas tenía adoradores entre nosotros. ¿Quién había hablado de Enrique Federico Amiel en España? Don Juan Valera en su *Nuevo arte de hacer novelas*, y de un modo, dicho sea con el mayor respeto a su memoria, lamentable. Valera tomaba el *Diario Intimo* por una novela, y, aparejándola con la *Carretera a la muerte*, de Eduardo Rod, decía de ella «horrores». Don Juan no transigía con las novelas de psicología severa y profunda, que él llamaba *patológicas*. Y en su aversión a ese género de obras, había, a lo que parece, adoptado el partido de no leerlas y de hablar de ellas de segunda mano. Un crítico francés de quinto orden fué quien indujo en error al admirable biógrafo de *Pepita Jiménez*. Pero lo que yo me pregunto todavía es por qué no hojeó, por lo menos, la traducción del *Diario Intimo* de «La

España Moderna». Sea de ello lo que quiera, el caso es que «Don Quijote en los Alpes» tuvo el honor de enderezar este tuerto literario y de poner en su punto la silenciosa gloria de Amiel.

Aparte la vanidad — ¡no es todo, en literatura, vanidad! —, mi pasión por Enrique Federico Amiel tuvo otros móviles más puros. Sinceramente, espontánea-

rio *Intimo*. Alfredo Sanz es un hombre anarcizado y estéril como Amiel, aunque menos — ¡oh, mucho menos! — rígido de costumbres que el profesor de Ginebra. Por temperamento, yo adoro la literatura subjetiva: las confesiones, los recuerdos, las memorias, todos esos libros del culto del yo que son, a la larga, los más útiles, los más fecundos y

hecha de Paul Bourget, que en sus *Nuevos ensayos de psicología contemporánea* le llama «arquetipo de cierta variedad de las almas modernas» y no le regatea su gloria póstuma, los demás — Renan, Caro, Brunetière — no son muy afectuosos con el catedrático ginebrino. Renan le considera como un enfermo moral, le reprocha que su ascetismo fuese puramente literario, puesto que no le indujo a guardar silencio (entonces, ¿no hay ascetismo en los místicos españoles, que no se cansaban de transcribir sus éxtasis al papel?); y concluye llamándole, friamente, *raté*. Caro escribe un estudio menos desdenoso. Para mí la poca simpatía de Renan por Amiel se explica en dos razones: primera, que Renan no transigía fácilmente con la mentalidad protestante, y segunda, que el autor de la *Vida de Jesús*, maravilloso estilista enamorado de su idioma, no le perdonaba al del *Diario Intimo* que supusiese a la lengua francesa menos apta que la alemana para expresar aquellos estados cerebrales que reflejan el misterioso nacimiento de la idea y las tinieblas de su primera evolución, hasta concretarse en una proposición o un postulado. A todo esto respondía Renan: «El señor Amiel haría mejor en estudiar francés.»

Pero estos desdenes y frialdades de Renan son guirnaldas de rosas al lado de las invectivas y violencias de Brunetière contra el *Diario Intimo* y su autor. Famoso es el estudio del crítico católico, publicado por la *Revue des Deux Mondes*, y al que apenas aludo en *Don Quijote en los Alpes*, por considerarlo de una suprema injusticia.

El estudio más imparcial y más completo sobre Amiel es, para mi gusto, el de Edmundo Scherer, que figura al frente de la edición del *Diario Intimo*, de la Casa Georg & C.º, de Ginebra.

La *Revue de Genève* anuncia la próxima publicación de algunos fragmentos inéditos del *Journal Intime*, pues, como el lector no ignora, los dos volúmenes publicados por Scherer no contienen sino una selección de las diez y seis mil cuartillas de confesiones que dejó Amiel. Esta publicación, ¿nos descubrirá nuevos aspectos del incansable, del implacable y también voluptuoso biógrafo de su alma? Me temo lo contrario. Creo que el monólogo de Amiel se repite, que su corazón era monocorde y que — dejando a los amielistas las diez y

seis mil cuartillas que pueden consultarse en la Biblioteca de Ginebra —, convendría resumir a Amiel «para todo el público», en poco más de cien páginas, en un modo de *Breviario Intimo*, que recogiese el *leitmotiv* de su persistente y ensimismada lamentación.

Alberto INSUA

LA PINTURA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX



LAS MAJAS AL BALCÓN. — CUADRO DE E. LUCAS

(Colección del Sr. Lázaro Galdiano.)

mente, yo simpatizaba con el implacable analista, con el creador de esa a modo de autodisección espiritual, que es una de las bases — eso sí, don Juan — de la novela psicológica moderna y de esa rama de la psicología que, a partir de Amiel, se llama introspección. Mi *Historia de un escéptico* lleva el sello del Dia-

los que perpetúan los sucesivos «estados de alma» de la humanidad.

En este sentido el *Diario Intimo* es una obra capital, tan capital como las *Confesiones*, de Rousseau.

No lo creen así los críticos y escritores franceses que han estudiado, más bien ligeramente, la figura de Amiel. Excepción

EN TARRAGONA

Paisajes fundamentales.

Todo dorado y verde, bajo un cielo que fluye azul, junto a la esmeralda del mar, el paisaje aquel es de un clasicismo no profanado. Entre los viñedos y olivos subsisten lápidas rotas y musgosas, con inscripciones latinas. En el agua albean las velas triangulares. Gentes y animales pertenecen a una domesticidad milenaria, ya que se trata del hombre con figura de legionario del César, mujeres que se envuelven en telas al modo oriental, perros vulgares, palomas y rebañíos de cabras. Tierra con abolengo de civilizaciones agrarias y civiles, características del Mediterráneo. En las entrañas de la gleba bermeja y molluda debe de haber un pueblo de mármoles esculpidos. Y tanto se humanizó la campiña con sus fuentes ninfas y sus viejos árboles comparables al abuelo Esopo, con sus vides que semejan faunos enguinaldado para la bacanal, y con su aire dulce y aromático como el aliento de Venus, que si el azadón descubre un torso de esta deidad, no calificaríamos de arqueológico el hallazgo, sino que iba a parecernos el parto lógico de los surcos maternos y casi carnales.

Tarragona, con su ocre anaranjado, queda a nuestras espaldas. Tal vez llega el rumor de unas campanas en seguida adormecido en el sol. El cocheño de caballos avanza por un polvoriento camino, ajedrezado por la sombra de las frondosidades de las orillas. La playa dilata en lo hondo sus espumas y sus vidrios, lamiendo un arenal de plata. Pinos con su ofrenda, y palmeras, las arañas del azul. De trecho en trecho, una quinta ensangrentada de geranios, con rosas y con pavos reales, evocación de las que allí mismo hubieron los patrios horacianos. Y de repente, el vuelo inesperado de un ave como un augurio.

Por fin, el vehículo se detiene a la entrada de un bosque claro y risueño, oloroso de hierbas ardientes resbaladizo de pinocha, estremecido de lagartijas. Echamos pie al suelo, y vamos enhebrando la marcha en los troncos agrietados y rojizos. En el silencio luminoso canta la soledad. Allá se yergue el misterio sin enigma...

He ahí el abismo de la cantera desposeída de su propia mole. Da vértigo asomarse al borde de la inmensa oquedad pétrea. Una montaña vacía, grande como el dique donde los barcos se empuqueñecen. La selva grata a las abejas y al caramillo pastoril, desmelenada su ramaje al margen del foso gigantesco; pero ni una raíz surge retorciéndose en los muros. Porque lo impiden las losas, como una armadura. Adquirió la piedra una impenetrabilidad eterna, manchada del óxido de las lluvias, encendida en el escarlata solar. Centenares de años hace que se hirió así el bloque inmenso, y la llaga no cicatrizará nunca. Los romanos extrajeron de tal lugar las murallas de sa Tarraco voluptuosa y señorial, las que todavía se alzan encima del formidable ribazo ciclópeo, cada vez más sepultado en el terruño como en la leyenda. El cuerpecillo humano resulta de una insignificancia de insecto en un libraco de esos que obligan a cruzir a los atriles. La consideración del pasado y la imponente realidad aniquilan todas las vanidades.

Y en el centro de la caldera enorme hay algo que confunde en su sencillez. Una aguja, un obelisco, el cual nace del natural pavimento roqueño y alcanza la eminencia en que nos encontramos. Grueso, macizo y cuadrado surtidor de una piza. Nadie ascendió por la cucaña, que

amedrenta, luego que rústicos celtíberos lo hollaron como un trozo más en el anónimo del monte. Aquella tarde espejeaba en su remate un sorbo de agua del último primavera chaparrón. Pero jamás alguien lo mancilló: ni los bárbaros medievales, ni las tribus andariegas de siempre, ni la francesada. Es el hito legado por los canteros de la loba imperial. Su utilidad consiste en revelarnos la importancia del vaciado. Se sacó piedra desde el final de la extraña columna hasta su base. Asombra su mudo testimonio. Sin embargo, impresiona más su espíritu, que sin duda lo posee, un espíritu primitivo sacerdotal, ara y oficiante

a un tiempo. Contribuyen al carácter sagrado del archisecular vestigio unos cipreses y unos pinos que crecen paralelamente al rudo pilar, circundándolo de místicos éxtasis y de armonías de arpas votivas.

Un vocablo familiar de los tarraconenses, verbo preñado de sentido en su simplicidad, el que inventaron para bautizar ese hito venerable, acaso da la clave de la emoción que éste inspira. Se llama *el medol* a la aguja prodigiosa. *Medol*, es decir, medula, tuétano de la cantera. Aquella insinuación carnal del paisaje se concreta y fija definitivamente ahora. Y a pesar de la pequeñez del viajero, la ruina, la campiña, la ciudad, hermanan con la humilde silueta vagabunda. Todos juntos, el hombre, los seres y las cosas, forman la patria, forman la raza nuestra, que tenía medula de piedra.

Federico GARCIA SANCHIZ

TEMAS AMABLES

Discurso de la amistad.

LA gloria del desdramatamiento de la amistad corresponde a Platón. La amistad, noble y consoladora querencia, parcial eclipse de nuestro egoísmo, amor sin sexo, plural de nuestro yo, mereció del ateniense divino el estudio más autorizado y brillante, allá en días que se hizo la intimidad selecto ejercicio, caro a los dioses y a las musas, cuando Grecia, jardín de los peripatéticos y de los amigos, pudo mostrar excelentes modelos de amistades; y de grandes enemistades también, que, desde luego, surgen de las grandes amistades...

Cicerón escribió después su *Lelius*, y, con moral pura y acendrada, disertó acerca de ese impulso que nos inclina a nuestros semejantes, y lo definió «un sumo consentimiento de las cosas divinas y humanas, con amor y benevolencia».

Lo había definido Platón en su diálogo «la relación de un sér imperfecto con otro a quien considera ideal en la perfección».

Platón, irreproachable, dictaba en rigurosa dialéctica, ponía sus palabras, ya que no su verdadera opinión, en boca de Sócrates; el orador latino platicaba con familiaridad más conmovida, con afectuosa elocuencia, dialogando él mismo con un amigo; y, en verdad, marcó el tono cordial que aminoró el método en la doctrina platónica, y *Lelius* reiteró de *Lisis* las naturales virtudes y las efusiones juveniles. El último toque a la amistad se lo dió, cristianándola, un Padre de la Iglesia.

Llega, pues, este sentimiento a nosotros definido, reglamentado y catalogado, desde que nos lo descubre Platón, lo humaniza Tulio, y San Agustín, en dulce monólogo, le añade el dogma de la caridad.

Tema tan importante y complejo interesó siempre la atención de los pensadores; y Aristóteles sentenció que un amigo es un alma en dos cuerpos; y para los estoicos, esta afección era el tipo ideal de todas las afecciones; y Heráclito dijo que la amistad une las cosas contrarias...

Sin que hagamos caso de Heráclito, cultivar el asiduo trato con alguien es fuerte necesidad innata, que el errabundo primitivo suplía, sin duda, mirándose a los espejos de los ríos, para no verse solo...

Nadie hay más triste que un hombre sin amigos, como no sea un hombre sin

enemigos. Una amistad puede ser, por lo menos, pretexto para contarnos a nosotros mismos nuestras cosas; y de naturaleza es que tengamos a alguien en quien nos reflejemos, para vernos y para perdiciarnos de nosotros.

La amistad, fundando el acuerdo del ánimo y del sentimiento en el adecuado contraste de los caracteres, hace, en fin, entre la eterna desigualdad de las cosas, de dos mitades diversas un todo igual y unánime; y constituye la sociedad ideal a la que aspira el hombre, que no puede vivir sin el hombre.

¡Comunión apacible de la confianza,
de la verdad y de los delicados secre-
tos, culto amable de la palabra sincera,
hermandad escogida, parentesco espon-
táneo!...

La amistad es amor. Es un amor quieto, como amor es una amistad exaltada. El amor junta los sexos opuestos, y la amistad, amor entre sexos iguales, acerca los caracteres diferentes.

La amistad es la eterna ley, el mismo amor que hace par el número de la existencia; y de una simpatía incalculable de los elementos esparcidos, se crearon los mundos...

Entre los florecidos mirtos, en la serenidad de la tarde arcadiana, discurre alguna vez, lejos de todo trato y comercio; entre los mirtos y laureles, percibiendo y saboreando la calma de la costa, la quietud del mar, la impasibilidad de los cielos, busco el pervertido placer de la soledad... Aun aquí, el pájaro que silba, la flor que sonríe, la hoja que se mueve, me acompañan expresivamente, con la comunicativa efusión de los seres sensibles; y asumiendo todavía por la desolada montaña... Cada vez va siendo el silencio más callado, la vegetación menos pródiga: la violeta, la manzanilla, el lirio de la sierra, gradualmente son más pequeños y míseros y escasos; luego, una graminea leve, oscura, como vello del gigantesco torso del monte; después, los pelados peñascos... y la desolación enorme de la cumbre, bajo un cielo que agobia, como cerrado techo...

—Aquí, donde siento como que me he sa-
ido del mundo, está, sin duda, la ver-
dadera soledad, y aquí, una angustia
desacostumbrada. No se oye entonces,
en todo el universo, mas que el enjam-
bre de mis ideas y el latir de mi cora-
zón; y todo calla para que yo me diga a

mi propio...; todo calla cuando tan sólo
en mí produraba el silencio...

Presto cesa la soledad de serme placentera; el buscado bien se torna insostenible, y una nueva inquietud, rara y desconocida, me asalta...

Es ahora la soledad dicha que excede a mi naturaleza: porque no es dada al hombre la felicidad de bastarse a sí mismo, porque no he nacido yo dios para estar solo...

Y alguien debe venir que me alivie de mis ideas, en quien yo vuelque un corazón lleno y un cerebro abundante. Alguien a quien presiento y aguardo debe venir: que esto que yo pienso y esto que siento reclaman un cerebro y un corazón: y el hombre no puede soportar la soledad de las deidades, y ha de acogerse a la amistad de los hombres...

Alabo esa especie de amor, pacto de semejanza, conmovedora atracción, que forma la inocente y jubilosa pareja escolar, inspira las confesiones de los jóvenes soñadores, alia las experiencias de los hombres maduros y une a los ancianos, que acuden a disertos diálogos, bajo la frecuentada sombra de los álamos familiares. Símbolos de amistad son los álamos vecinos, que entrelazan sus ramas, juntos crecen, juntos pasan sus inviernos y sus primaveras, juntos caen bajo el hacha; y símbolo de amistad, el álamo abandonado en el llano conversa con el viento...

Un cuidado sumo habremos de poner en la elección de nuestras relaciones, que para tener un mal amigo, muchas veces, con uno mismo basta.

Los fieles aliados son para consentirse con amor y con indulgencia y para corregirse los defectos. Penetraron ladrones en un poblado y no dejaron vivos mas que a dos hombres, ciego el uno, paralítico el otro; el ciego se echó a cuestras al paralítico y éste guió por el camino al ciego, y se trasladaron adonde les podían socorrer... Supieron avenirse a sus faltas. Al fin, un amigo no es mas que el hombre que conoce nuestros defectos.

Recelo que alguien dude y todavía llague a preguntar si es que realmente hay amigos...; si aquellos Pilades y Orestes; si aquellos egipcios que se ríen la mitala de los cabellos para ponderar que lamentaban la pérdida de sus leales; si aquellos nobles escandinavos, que morían con el amigo muerto; si tantos amigos admirables como nos ofrece la historia no son, al fin, sino excepcionales héroes que han pasado al pasado... Pero sin mengua de sí propio no podrá el escéptico sostener esta duda, y ya el entablarla será principio y motivo de diálogo...

¡Desventurado el que no pueda desahogar en otro una pena, y desdichado aquel que tenga una dicha y no halle con quien compartirla! ¡Pobre de quien no sienta la amistad, porque el mundo será para él un desierto, donde sólo él estará solo!...

Amigos hubo siempre en el mundo, por más que algún sofista los niegue; y si, en realidad, no es la amistad cosa de tan poco valer que abunde, sin embargo, no falta nunca un amigo para un apuro.

Petrarca tenía dos, a los que llamaba *Sócrates* y *Lelius*; Byrón no conocía mas que un solo amigo; pero uno, al fin, nódolo de fidelidad: su perro; y Heine, después de escrupulosa rebusea, declaró que había descubierto uno, servicial, íntimo, abnegado, al que no logró nunca abrazar, porque era él mismo...

Cierta es, en rigor, que jamás estamos absolutamente solos, y que, por lo menos, con nosotros propios estamos; y tal vez sea la suprema perfección saber hacernos los mejores amigos de nosotros mismos...

Con lo que llegaremos también a ser los mejores amigos de los demás.

José BRUNO

PORTUGAL PINTORESCO

LA «FEIRA DA LADRA»

SÁBADO. Día clásico de la «Feira da Ladra». Un tranvía, venciendo la imponente colina de Graça, o rastreando por la orilla del río con dirección al barrio del Bispo, puede llevarnos al campo de Santa Clara, la plaza ancha, alegre y tranquila en donde dos veces por semana—martes y sábado—se monta esta feria pintoresca. Preferimos el de Graça, porque da la sensación de un viaje intrépido. Calles y más calles, en retorcimientos convulsos, tremantes y estremecedores, como esos gráficos térmicos que figuran en las camas de los hospitales. En un recodo, el «Limoieiro», cárcel vetusta y ancestral. En otro, la Sé de Lisboa, catedral pesada, ennegrecida, cubiertas sus ruinas de andamiajes, tal que un cuerpo lisiado mantenido a fuerza de prodigios ortopédicos. En un «dargo», las esbeltas torres de San Vicente de Fora, iglesia, monasterio, panteón o palacio. Casi a sus espaldas, el campo de Santa Clara, hervidero de gente, Babel de pregones y gritos, confusión de las más increíbles mercaderías.

En el pabellón central, especie de mercado, en las aceras amplias, en el arroyo polvoriento, junto a las verjas de los edificios públicos, cuarteles e instituciones de caridad, estación de bomberos, etcétera, buscando la sombra protectora de los chopos o el cobijo de los fuertes muros de la iglesia, se extienden los puestos de la feria de viejo.

La «Feira da Ladra» es, como el Rastro de Madrid o los «Encantes» de Barcelona o el pasaje de Sant Joan de Valencia, punto de cita de los coleccionistas de antigüedades y comercio absurdo de las cosas más inútiles e inverosímiles.

Sobre una manta hay tendido un hombre, de aspecto taciturno, que vende hierro viejo, cristales rotos, fajos de papel apolillado, retratos amarillos, en los cuales la pátina va difuminando la silueta de alguna dama con tirabuzones y mirriñaque. Una de esas fotografías es real-

mente curiosa. Representa a Emilio y Ricardo Bomba, niños, en traje de torero.

El hombre taciturno no grita isocronamente, sin abrir los ojos: ¡Feu! ¡Feu! Dicen que eso significa ¡Ferro velho!

Su pregón se mezcla al de un ciego vendedor de lotería: «Quem quer ser rico sem trebalhar? Quem quer a taluda? ¡E'o seis centos e cinquenta e sete!»

Más allá hay una «varina» asando sardinas en un fogón de barro.

Aquí, otro hombre con un gramófono, por cuya gran bocina roja surge un chorro de ruidos metálicos, cuyos compases quieren recordar *El anillo de hierro*.

prendas antiguas, de vistoso color y sugestivos bordados. Delantales de «meninas de lavoura», confeccionados con telas listadas de una policromía fogosa. La parte baja está recamada de estambres y sedas en brillante combinación. En la pintoresca Lagartera hemos visto algo semejante. También en la reciente Exposición de arte holandés, celebrada en Madrid, había bordados parecidos.

Abundan los pañuelos, a manera de nuestros segovianos, con largos flecos y complicados dibujos amarillos y rojos, sobre fondo negro. Se ven bastantes sayas de mucho vuelo, con anchas cenefas mul-

rón una ringlera de tabernas miserables y pequeños asaderos de sardinas. Es una verdadera lonja; la bolsa de contratación, como si dijéramos.

Allí, en la reducida estancia nauseabunda, está el labrador del Miño, con sus zaragüelles murrianas y sus polainas de paño negro; el vendedor de aceite con sus toneles y zafras, sus botas militares y su barretina; la «deiteira», con sus grandes cántaras sobre la cabeza; el «pa-deiro», con su cesto enorme, su pantalón estrecho, de fadista, su chaleco de terciopelo; y cien tipos más, que acuden a contratar la mercancía y a quemarse la garganta con los espesos «vinhos verdes».

Soldados, policías, «guardínhas», bomberos, carreteros, gente de los pueblos cercanos, pescadores, completan el cuadro abigarrado y luminoso. Van y vienen los grupos de compradores, cambiando de puestos, requeridos por los modestos comerciantes. Este pide por una caja de betún un escudo; aquél ofrece por una «espindarga» dos mil reis. Regatean, se pelean, se amenazan. Al fin, la caja de betún, que sólo es una caja de sebo, queda en un «vintem». La «espindarga» de guardarropía teatral se deja en tres escudos.

La animación crece hasta la caída de la tarde. A esa hora se aminoran las voces. Van desapareciendo las ambulancias. Se cierran los puestos fijos. Sólo siguen abiertas y concurridas las tabernas.

Los curiosos se desparraman por las calles pinas de Graça, por los vericuetos de la Alfama tenebrosa, por la calçada de Santa Polonia, camino de Terreiro do Paço o del Rocio.

Cuando se alcanzan las ruas elegantes de la Baixa, se respira a pulmón libre, furiosamente, como queriendo desecher del pecho el moho y el polvo que cubren las cosas viejas e imposibles de la «Feira da Ladra».

GIL FILLOL



Traje antiguo del Miño.



«¡Hierro... hierro viejo!»



Labrador del Miño.

Ahora es otro objeto extraordinario el que absorbe nuestra atención. Un maniquí de palo, vestido a la usanza antigua del Miño. Díjase que estamos ante un personaje goyesco. Chaquetilla corta, de grandes solapas y mangas afaroladas ceñidas en el antebrazo; chaleco de color rabioso amarillo, con listas verticales azules y verdes; camisa holgada, con el cuello desabrochado; pantalones de tapa, ajustados a los muslos; medias blancas, zapatos de cuero, sombrero de copa blanco. Un gran quitasol encarnado... La indumentaria, por su factura y por su colorido, evoca la moda española de 1810.

No habrá que añadir que a la «chupa» le faltan pedazos de tela, que los pantalones ya no son pantalones, que la camisa no es blanca, según parece que lo fue hace un siglo, y que el sombrero apenas conserva su forma primitiva.

Más interés despierta aún otro tipo popular, éste de carne y hueso, que cruza ante nosotros. El auténtico y tradicional «trapero» de todos los países. De sus hombros cuelgan cuatro o cinco gabanes y otras tantas levitas. Cubren su cabeza dos o tres sombreros, embutidos unos dentro de otros. Bastones, plumeros, faroles, parrillas, escopetas, sables, herramientas, cestas, botellas, trapos de todas clases completan su extraña indumentaria. Camina lentamente, ceremoniosamente, como si no moviera los pies. Tiene la cabeza erguida y el mirar fijo, tras unas gruesas gafas. Puestos juntos el maniquí y este hombre de veras, no sería fácil precisar en cuál de los dos late un corazón.

Seguimos dando la vuelta a la «Feira da Ladra».

En los puestos de ropa vemos algunas

ticolores. Y sobre todo, unas escarcelas muy típicas, que en las regiones del Duero y el Miño todavía se usan. Tienen forma de escudo suizo, con una borla en el vértice, y su tejido, original, está cuajado de arabescos, incrustaciones de monedas y piedras, constituyendo un conjunto riquísimo. Las graciosas escarcelas, colgadas en los travesaños de estos puestos de viejo, parecen pequeñas mitras invertidas.

De nuevo nos detiene el vendedor de vigésimos de la Lotería:

—«Quem quer a taluda? Amanhã e que anda a roda!»

Hay que advertir que el sorteo no es hasta el jueves (la quinta feira), pero para el vendedor siempre es «amanhã».

La Lotería en Portugal tiene ciertas particularidades. La administra la Santa Casa de Misericórdia, y su finalidad, exclusivamente benéfica, es la tapadera de enormes excesos. La Misericórdia vende a los puestos fijos de Lotería los billetes sin ningún descuento, y estos puestos los revenden a los vendedores ambulantes con una prima. A su vez, los ambulantes vuelven a revenderlos con nuevo sobreprecio, distinto según la seriedad comercial de cada uno. Y puede darse el caso—se da algunas veces—de que un vigésimo premiado con tres escudos haya costado tres escudos y medio.

—«Amanhã e que anda a roda!»—continúa voceando el vendedor.

Llegamos al pabellón central, un barracón de madera donde se amontonan los comercios más importantes: carros viejos, camas, muebles de todas épocas, cuadros antiguos, cruces de cementerio, mostradores de tiendas...

Por la parte de afuera limita el case-

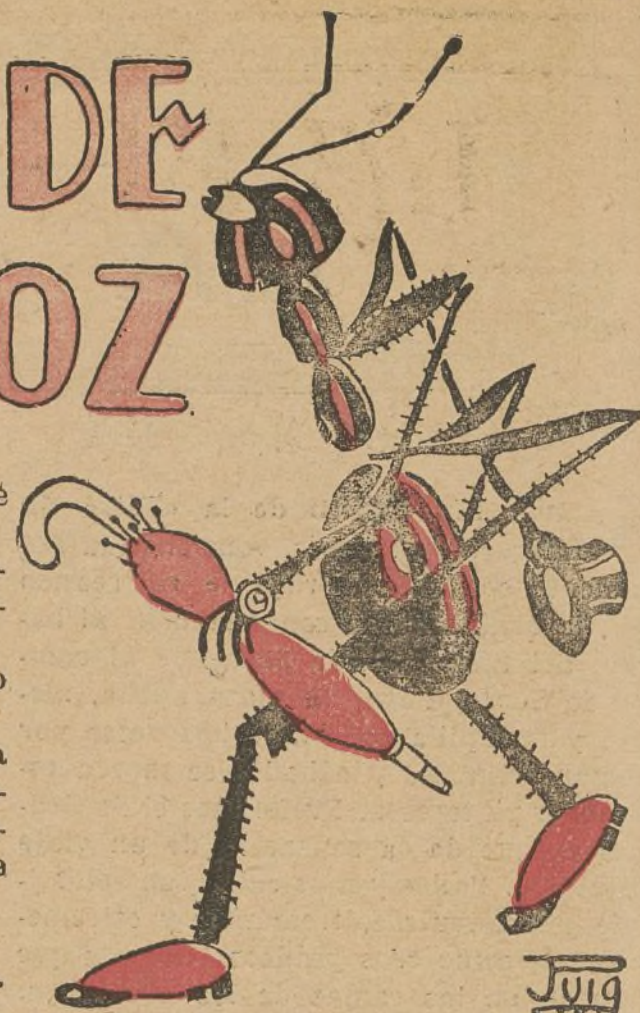


Vendedora de leche.



Vendedor de aceite.

LA AVENTURA DE DON VELOZ



Don Veloz se sentó de un brinco en la cama, y miró el reloj.

—¡Qué atrocidad!... ¡Estoy perdido!— dijo—. Son las nueve, y tenía que haberme levantado a las siete. ¡Jesús, Jesús! ¡Con lo que yo tengo que hacer hoy!... ¡Jesús, Jesús!...

Don Veloz era una hormiga—o, si queréis, un hormigo, porque era señor y no señora—, hijo de una familia tan enconpetada e importante que tenía el nombre en latín: Don Veloz pertenecía a la familia de los *Pseudonatrix*, por parte de padre, y a los *Formica sanguinaria*, por parte de madre. De sanguinario tenía poco don Veloz; pero, en cambio, de *Pseudonatrix*, era lo que se dice un *Pseudonatrix*. En cuestiones de actividad, un año de triunfo; y en eso de ir a sus quehaceres corre que te corre y ser todo un hormigo serio, era cabal don Veloz como nadie.

Por eso a las personas que—como don Veloz—están siempre don un constante reconocimiento y un incesante come-come, se les dice que tienen «hormiguillo».

Así que al ver las nueve en el reloj se tiró don Veloz de la cama, se dió el betún que se dan todas las hormigas para estar relucientes y negras, y salió a la calle con precipitación.

Llevaba andado un buen trecho, cuando se paró en seco y se dió en la frente esa palmada que se dan todos los desmemoriados cuando caen en la cuenta de que se les ha olvidado algo.

—Caramba, ¡las vacas!...

Don Veloz tenía vacas, como todas las hormigas las tienen. ¿No lo sabíais? Sí; pues tienen vacas: en las rosas y en algunas otras flores hay unos bichitos pequeños o pulgones, y en el cuerpo de éstos una gotita de líquido dulzón que gusta mucho y alimenta mucho a las hormigas. Por eso ellas cogen esos animalitos y se los llevan a los hormigueros para guardarlos allí, criarlos y sacarlos al prado a pastar y ordeñarlos después, como nosotros hacemos con las vacas.

A don Veloz, con las prisas, se le había olvidado sacar el rebaño, y tuvo que volver. Saltaba hierbas, tiraba pedruscos, apartaba flores, y seguía... ¡Qué velocidad! ¡Qué actividad!... Iba tan ciego, que no vió a dos hormigones que venían por el camino hablando de negocios, y se dió un encontronazo con el mayor.



—¡Estúpido!... ¿No ve por dónde anda?

—Perdone usted...

—Y el pisotón, ¿quién me lo perdona, gazzápiro?

—Señor, lo lamento; pero es que...

—¡Tenga usted mi tarjeta!

—No, señor; muchas gracias. Si no la necesito; no se moleste usted...

—¡Estúpido! Si es para batirnos; tenga usted mi tarjeta y deme usted la suya.

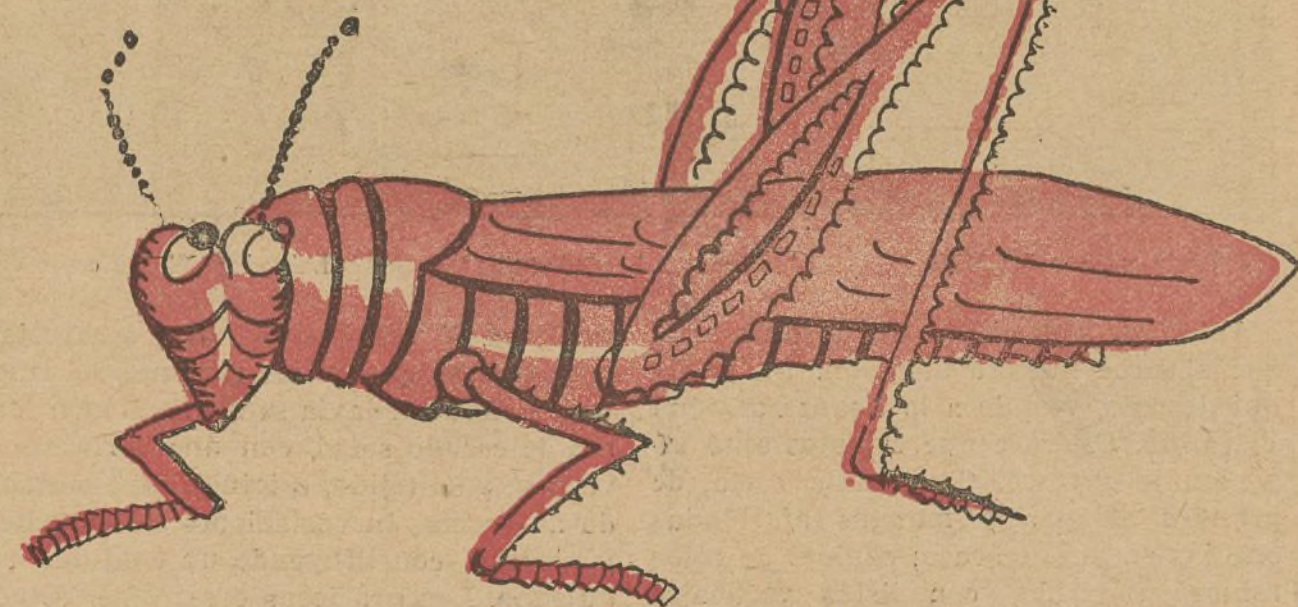
—No tengo tarjetas.

—¡Oh!... ¡Vámonos entonces!... ¿Qué vas a hacer con un ente que no tiene tarjetas?

Y volviéndole la espalda siguieron los dos hormigones su camino, mientras don Veloz reanudaba el suyo, lamentándose:

—Qué contrariedad. El tiempo que me han hecho perder esos caballeros... ¡Jesús, Jesús!...

Por fin, llegó a su casa y sacó las va-



cas al campo. No había ningún rebaño por allí; sin duda, los demás habían acabado ya su tarea.

—¡Jesús, qué retraso!— repetíase don Veloz, consternadísimo.

Y comenzó a ordeñar una vaca, en tanto que pensaba:

—Terminaré en un periquete y en seguida correré más, para recuperar el tiempo perdido.

Pero habían transcurrido más de cuatro periquetes y le faltaban por ordeñar a don Veloz más de la mitad de las vacas. Por lo cual, pensó y se dijo:

—No es posible; si me espero a ordeñarlas a todas no me quedará tiempo para tanto como tengo que hacer.

Así es que dejó el ordeñado a medias, encerró en el establo las vacas y salió como una flecha.

Llevaría andados, a campo traviesa, lo menos cuatro palmos, pataleando más que si fuera en bicicleta, cuando oyó una voz de mujer que le decía:

—¡Se le saluda, don Veloz!...

—Santos y buenos días—contestó don Veloz, algo contrariado por el encuentro, pero quitándose el sombrero de copa con mucha urbanidad.

Era la señorita Mariposa la que saludaba a don Veloz, mientras se abanicaba más y más con su abanico de seda dorada.

—Deliciosa mañana, ¿verdad? ¡Qué tiempo más hermoso!

—No puedo asegurarlo, señorita. Tengo demasiados quehaceres para meterme a saber el tiempo que hace.

—Pues véngase a dar un paseito y lo verá.

—¿Paseitos yo?... ¿Se atreve usted a proponerme a mí tal cosa?... ¿Sabe usted quién soy yo?... ¿Sabe usted las costumbres de mi casa?... ¿Por quién me toma usted?...

—¡Ay, qué miedo!

La mariposa echó a volar, como si fuera bailando por los aires, y don Veloz siguió su ajeteo por el prado.

Ya es hora de decir que don Veloz iba en busca del cadáver de un moscardón que había visto junto al río la noche antes. Era una presa tan magnífica, que don Veloz—empleado en el ministerio de Abastecimientos del país—había pedido permiso a su jefe para hacer un servicio extraordinario, y había formado el propósito de consagrar el día entero al arrastre del moscardón, pensando que, si lo graba llevar al ministerio, sin ayuda de

do de don Veloz con un palmo de nari

¡Pobre don Veloz! Velocísimo, pro volver a la oficina, y tardó no sé cuánto en volver, porque le ocurrieron infinidad de peripecias. Por lo pronto, se encontró con una mata de cardo en el camino, y en vez de dar la vuelta al tronco y seguir, como llevaba tanta prisa y era una de esas personas que siguen su camino en línea recta y no quieren andarse con rodeos, se echó a trepar tronco arriba para llegar a la punta del tallo y bajar por el otro lado, hasta volver al suelo y seguir, anda que te anda. Luego tropezó con un buen señor que estaba durmiendo, tumbado en el campo; y como le dió por repetir la misma operación que con el cardo y comenzó a trepar por la cabeza del señor para pasar al otro lado, sintió el señor cosquillas al pasarle don Veloz por el bigote, y dió a don Veloz un papirotazo tan tremendo, que fué a parar a cuatrocientos metros de distancia, con lo que perdió cerca de cuatro horas en encontrar el camino de nuevo y recorrerlo.

Cuando llegó a la oficina y contó al jefe lo ocurrido, se puso éste furibundo:

—De modo y manera, señor mío, que pide usted permiso para faltar a la oficina, con el pretexto de que va usted a traer tanto y cuanto, y al cabo de las horas se presenta usted con las manos en los bolsillos, después de haber andado de parranda con las mariposas, los saltamontes y toda la gente holgazana de esos campos de Dios. ¡Váyase usted a la calle ahora mismo! ¡Queda usted, por tres meses, suspenso de empleo y sueldo!...

Y, dándole un puntapié, le echó por la ventana.

Cuando se vió en la calle don Veloz se le ocurrió mirar la hora, y... ¡qué vió, santo cielo! el reloj marcaba las nueve; la misma hora que al levantarse de la cama. El reloj estaba parado desde las nueve de la noche, porque al acostarse el día anterior, preocupado con lo mucho que tenía que hacer al día siguiente, se le había olvidado darle cuerda.

En fin; que don Veloz, lejos de levantarse tarde, se había levantado con sobrada anticipación, cerca de dos horas más pronto de lo que acostumbraba. Pero con la precipitación y el frenesí, ni se fijó en que el reloj no marcaba la hora, ni se fijó en que el sol estaba menos alto que otros días, ni cayó en la cuenta de que no estaban en el prado las vacas de los otros convecinos, porque todavía no era hora, ni dió pie con bola en todo el tiempo, perdiéndolo lamentablemente de tanto correr sin hacer nada.

Esta fué la aventura calamitosa de don Veloz Sínton-ni-Son, marqués de Atropéllalotodo.

Manuel ABRIL

Dibujos de Puig.

X dando un salto dejó allí al desdicha-

LA FLEXIBILIDAD DE LA XIRGU



Con permiso de nuestro admirado Laserna y de nuestros lectores, vamos a hablar hoy de una actriz—que no es lo mismo que hablar de teatro y, mucho menos, aventurarse por los fueros de la crítica teatral. Y vamos a hablar de una actriz, no porque haya triunfado en tal o cual obra, sino porque su triunfo en una obra reciente nos proporciona ocasión para hablar de una cualidad artística para nosotros aquí muy importante: la flexibilidad.

Obra reciente decimos, válganos la paradoja, porque más que reciente nos resulta ahora esa *españoladista* heroína de aquel tan transpirenaico y tan divertido — ó *combien!* — *monsieur Merimée*. Reciente «Carmen», y siempre de actualidad, si no aquí, por lo menos a orillas del Sena (pues no vale achacarlo todo a la época), la cual, pobrecilla, es, a pesar de su romanticismo, tan *leyenda de los siglos*, inocente de todo pecado; aquella «candaluza de Barcelona», cara a Musset, tiene hoy su digna sucesora en la «candaluza de Guadalajara» hija de Willy, y que, además de ser del dominio romanonista, se llama Consolidación. Pero los senderos *actuales* de la española nos llevarían hasta lo infinito, y más vale no perderse en ellos.

La flexibilidad; la flexibilidad, cuali-

dad artística. Pero distingamos de qué clase de arte se trata: que es única y puramente del escénico. Que así como en esta tierra nuestra, con caracteres y paisajes contruados de una sola pieza, a hachazos y sin soldar, sin matiz que dulcifique ni tampoco debilite, la adaptación, en las artes plásticas, por ejemplo, resulta siempre amaneramiento insostenible e impotencia de creación personal, así en el teatro resulta la única posibilidad de universalización, y hasta de vida corta y, precisamente, sin amaneramiento.

Somos, quizás, por nuestra misma in-

tegridad el país del encasillamiento. El encasillamiento forzoso y *a priori*. Estamos de tal modo habituados a encasillar definitivamente todas las manifestaciones intelectuales o artísticas, que nos parece imposible que la posibilidad de ninguna de ellas pueda nunca variar. ¿Obedecerá a esto la pereza mental, la rutina, para llamarlo por su nombre, de nuestros actores? El gesto de éste..., la entonación de aquel otro... ¡Y siempre el mismo gesto, y siempre la misma entonación... De aquí la necesidad de los temperamentos flexibles.

Flexible y *varia*, Margarita Xirgu. De-

cíanos ella misma un día que, para un trabajo periodístico, le preguntábamos acerca de su carácter: «No me pregunte nada; ponga lo que piense, no lo que yo le diga; las actrices no somos nunca sinceras, y más verídica que mis palabras resultará su intuición.» Pero, ¡qué sinceridad más grande en esta frase y qué definición más total de lo que *debe* ser una actriz! Pues ¿no es, acaso, para la artista obligada a hacer creaciones suyas las creaciones antes concebidas por otros; no es, acaso, la máxima superioridad esa *insinceridad* que, no dejándola nunca aparecer cual es, la hace aparecer, *con toda verdad*, como es cada uno de los personajes que ha de encarnar? Y así, de Margarita Xirgu no se deberá decir como de las otras compañeras suyas en arte: vamos a ver a la Xirgu en tal o cual personaje, sino, sencillamente: vamos a ver tal o cual personaje. ¡Magnífica anulación! Gracias a ella, son sencillamente *con vida propia* «Carmen» o «Marianela» las que actúan en el escenario. ¡Triunfo de la *flexibilidad*!

Y ¿en la vida? Pues en la vida, el maniquí sin vestir. ¿Os extraña la poca poética comparación? Es que la poesía, a menudo, también es de guardarropía, y conviene despojarse de ella al salir de

escena. Los maniqués, esas damitas que, en casa de los modistos de fama, tienen misión de lucir galas que no son de ellas, al acabar su tarea quédanse con un trajecito negro y modesto, que es el suyo. Y así el actor que en escena luce, de pies a cabeza y en cuerpo y alma, caracteres y temperamentos impuestos, será en la vida el ser más llano, más sencillo y menos histriónico. ¡Esas intervius «sensacionales» con *artistitas* que hacen su pa-

pel infinitamente mejor en su casa que en el teatro! Tendría gracia el desconcierto del entrevistista, o entrevistador, si ustedes lo prefieren, que se encontrase a la Xirgu hecha una buena señora de su casa, dedicada a alguna de esas labores de bordado propias de su sexo.

El ambiente teatral español puede definirse con una sola página: ñoñez. Es ñoño el público que, por incultura, re-

chaza violentamente en artistas españoles toda obra que, por ser innovadora, podría encerrar algún peligro para lo que él cree las buenas costumbres, aunque luego aplauda ingenuamente las más fuertes *rosseries* de las compañías *pour l'Espagne et le Maroc*. Y son flojas las Empresas que se guardan muy cuidadosamente de «sacudir» a este público. Por esto Margarita Xirgu, intentando poner a salvo, por encima de las

ineludibles concesiones, su dignidad artística, adquiere en seguida aire de revolucionaria. Deseamos que su revolucionarismo la lleve hasta imponer de una vez en este falso ambiente de «festa de las Ursulinas» el arte amplio y fuerte, el arte verdad que su flexibilidad impondría como una fuerza natural universalizando nuestra escena.

Julio AROZARENA

EL HOMBRE DE HIERRO

TRAS el famélico cesante y el mísero maestro de escuela han dejado de azotar las calles madrileñas los simpáticos bohemios del arte. Ya es difícil encontrar entre dos luces la silueta inconfundible y típica de un altivo vate melendado.

Los comienzos de los artistas serán hoy tan duros como antaño; pero los protagonistas de la tragedia no se visten de harapos. Vivimos tiempos muy serios; tan serios, que dan ganas de reír muchas veces, y hasta esto de la literatura tiene ya ribetes de doctorado y aspecto de cátedra.

El soñador, sueña; pero despierta con frecuencia para asegurarse la pitanza y no tener que estar a merced del Destino, sino destinado con todas sus consecuencias.

Lo único que queda en Madrid en este aspecto pintoresco es lo que yo llamo el hombre de hierro.

El hombre de hierro, por su fortaleza física y por su resistencia moral, es el triunfador del trágico y fatal sistema de selección.

¿Cuántos años lleva este hombre de miseria silenciosa y resignada? ¿Cuánto tiempo hace que recorre desde por la mañana hasta altas horas de la noche las puertas de los círculos, de los cafés y de las tabernas en busca de un auxilio, siempre problemático?

No es posible saberlo. Nuestra memoria remonta el curso de los tiempos y se niega en redondo a señalar la fecha en que le vimos por vez primera, así como le vemos hoy y como le volveremos a ver mañana: mustio, abatido, signado por todos los estigmas de la miseria, esperando, esperando siempre, sin perder nunca ni la paciencia ni la esperanza.

No es el hombre de hierro el sablista vulgar, ni el tahurí desvergonzado y fachendoso. Estos dos tipos de nuestra iconografía callejera han prosperado también y se dedican a más altos y más lucrativos menesteres.

El hombre de hierro es, por regla general, un hombre honrado, perseguido por la desgracia, y que quiere triunfar de ella sin llegar a caer en lo vergonzoso y en lo inmoral.

Apenas pide no ya dinero, que para él ha llegado a ser eso de la acuñación de la moneda y de la circulación fiduciaria una entelequia, un mito, sino un poco de protección, un empleillo, una ocupación cualquiera.

Se constriñe a saludar a sus amigos y conocidos, y cuando es correspondido por alguno de ellos, a decirles:

—Estoy como siempre: no se me ha arreglado nada.

Si se le dan unos céntimos, él los recoge con toda resignación, y vuelve a recomendar:

—No se olvide de mí; a ver si hay por ahí algo.

Ni siquiera se queja; ni siquiera tiene fuerzas para maldecir o para pintar con tintas de desesperación su tragedia.

Vuelve a su mansa y persistente postura, a su resignación y su conformidad y a recorrer las calles como un nuevo

judío errante. Y pasan los días y pasan los meses y pasan los años, y el hombre de hierro prosigue su triste peregrinar sin conseguir llegar a los santos lugares de su regeneración.

Si no fuesen tantos y tan varios los motivos que proclaman la vitalidad de esta raza admirable a la que con orgullo pertenecemos, el hombre de hierro se encargaría por sí solo de demostrarnos su pujanza y su briosa fortaleza inmortal. Ni él, que es la excepción, ni la generalidad del resto de los hombres del planeta, son capaces, en igualdad de condiciones y de circunstancias, de sobrevivir, de permanecer, de enquistarse ante el infortunio y las vejaciones y los martirios de una penuria consuetudinaria y de una escasez reglamentada.

Porque, además, el hombre de hierro no es un solitario nada más que en la calle, en la plaza pública. Cuando se retira rendido, cuando las fuerzas le faltan, no va camino del desierto, sino en busca de la comunidad. Cada hombre de hierro deja tras de sí, cuando emprende la lucha cotidiana, a una familia numerosa, a la gran familia española, que encuentra tal vez ¡ay! en sus mismas desdichas impulsos para sostener en alto el pabellón de la procreación y de la natalidad.

A uno de estos hombres de hierro pregunté yo en una ocasión:

—¿Cuántos hijos tiene usted?

Y con modestia, sin asomo de orgullo, más bien como si al decir el número sintiese el consuelo de descargarse un momento el enorme peso que gravitaba sobre sus espaldas, me contestó:

—Once.

Yo me aterrqué. Entonces él, como reprenchiéndome, añadió:

—De los cinco varones, tres son soldados y están en Marruecos, y los otros dos acaban de ingresar en el Tercio.

Bajo la apariencia de endeblez que proyectan sobre él las injurias de la fatalidad, y tras su máscara de derrotado, en la cual las hilachas de sus ropas viejas son como melenas esquiladas, el hombre de hierro es el león, aquel león hispano que se mantiene a través de los tiempos como un testimonio viviente de pasadas grandezas.

El hombre de hierro es, en fin, el emblema de la España actual, que encuentra en sus mismas desdichas y en sus no interrumpidos fracasos fuerzas todavía no sólo para sobrevivirse y existir, sino para, en un arranque de locura quijotesca, ir a dar su sangre de anémico allí donde con toda su pujanza y riqueza hubo de retroceder nada menos que el Imperio romano.

Alejandro BER

IMPRESIONES DE UN LECTOR

La Madre Ballena,
por Víctor Catalá.

SIEMPRE he tenido un concepto paradójico del talento poético y literario de la mujer. Contra lo que suele creerse, el temperamento femenino me parece más apto para las funciones de *concepto* que para las de *fantasía*. El hombre es más sentimental; la mujer, más intelectual.

—Demos a esas calificaciones el valor puro.—Las aptitudes espirituales de la mujer no difieren de las materiales; el alma tiene un sexo. La misma palabra «concepción» envuelve ya un doble valor intelectual y genésico que revela bien la feminidad común a las funciones anímicas y corporales. En cambio, la palabra «genio», expresión suprema de la facultad imaginativa, tiene la misma raíz que *generación*. Póngase junto a esas etimologías reveladoras el doble sentido del verbo *conocer*, tan usual en la Biblia, y de origen común con la palabra *genio* y con el significado de *llegar a ser*; así comprobaremos todavía esas luminosas inducciones. Por lo demás, la facultad poética, por esencia, es la facultad de *crear*, la masculinidad del alma. El cerebro tiene, pues, una dualidad genérica, como un doble principio divino en la humanidad, como un dualismo solar y lunar. El cerebro femenino es la matriz del pensamiento genial infundido en él; y tiene sus preñeces, sus amplificaciones, sus actuaciones intelectuales modificativas y «formativas». ¿No se dijo de George Sand, ejemplar excelso de feminidad literaria, que era «un eco que embellecía la voz»?

He rememorado esas opiniones mías al recorrer las páginas de una nueva traducción castellana de Víctor Catalá, la ilustre novelista catalana. Me refiero al tomito de cuentos que con el título de *La Madre Ballena* ha traducido, muy cuidadosamente, Raquel Marquina para las ediciones de *La Pluma*.

El lector desprevenido, que abra por primera vez un volumen de esa escritora, se dirá: «Nadie creería que estas páginas son obra de mujer. He aquí un temperamento artístico bien varonil.» En efecto, acostumbrados al procedimiento, tan femenino, de doña Emilia Pardo Bazán, por ejemplo, a su estilismo minucioso y a veces profuso, a su sistema de yuxtaposición amplificativa o por conglomerado madreporico, nos sorprenderá el rápido atisbo del rasgo, de la ley típica o nuclear, intuitiva, surgente... No hay duda que esto es una destreza viril. Pero luego pensamos que acaso hay en ello un inconsciente designio de sustraerse al prejuicio corriente que atribuye a

la feminidad la timidez, la gázmonearía pudibunda, la suavidad melosa y anodina, el amor al diminutivo acariciante y maternal. En una palabra, lo que más podría perjudicar a la recia y a veces brutal maestría del cincel de Víctor Catalá (porque nunca olvida que su pluma es un cincel) sería lo que hubiese de intencional, de sistemático, de *voulu*, como dirían los franceses, en su masculinidad ingénita.—El caso de Rachilde, en otros aspectos, nos sugiere la misma prevención.

Víctor Catalá tiene una fuerte voluntad trágica. Pero su excesiva fidelidad realista le impide resolver definitivamente en tragedia esa nativa inclinación. Recuerdese la esterilidad de los intentos dramáticos del naturalismo. Y acaso la tragedia sea la prueba capital para la masculinidad de un artista. Así como la novela es el género más propicio a la aptitud femenina, el teatro en general, y singularmente la tragedia, son poco menos que inaccesibles a la facultad literaria de la mujer.

Tintas profundamente negras; violencias de contraste; sobriedad de trazos; ausencia casi absoluta del subjetivismo del autor, de acuerdo con el *parnasismo* Haubertiano; estos son los caracteres vitales del estilo exterior e interior en Víctor Catalá. Podríamos incluirla en la que llamaríamos escuela normanda, como discípula directa de Maupassant. El sarcasmo, con su fulguración violácea, daña sus fantasías. Una pobre humanidad, que sufre y expía su propia bajeza, rebulle sobre la Tierra madre y antropófaga, indiferente u hostil...

Rafael Marquina, en su conciso y acertado prólogo, alude a una campaña en la cual me cupo (creo yo) la iniciativa. Me refiero a la impugnación del ruralismo, empalagoso y pueril, que infestaba la literatura catalana. En toda literatura local, regional, o, más propiamente, «regionalista», el signo de su inferioridad estriba en la alternativa entre un arcaísmo enfático o floralesco y una plebeyez de suburbio y gañanía. Para que una literatura pueda ascender a categoría nacional, ciudadana y, sobre todo, universal, es preciso que eleve su visión y dignifique, para el bien o para el mal, el alma de sus personajes. De lo contrario, será una literatura exclusivamente dialectal, y el dialecto es al idioma lo que el sainete a la tragedia. Cuando una literatura particular no ha llegado a plenitud de desarrollo o de resurrección, se circunscribe a los efectos de comicidad, de tipismo, de cuadro genérico. Es simplemente «pintoresca». Viene a ser lo que el prakrito en los dramas indostánicos, lenguaje de siervos, en contraste con el sanscrito de las castas superiores, únicas capaces de tragedia. Será siempre literatura de «graciosos», cuando no lo sea de pedantes.

Víctor Catalá rehabilitó el ruralismo en la literatura catalana; tal vez deba decirse con más propiedad que la aparición de esa escritora reveló la completa

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

El Hijo, por Luis
Fernández Ardavín.

Este es otro de los minúsculos tomos de *La Pluma*. Trátase también de una colección de cuentos, género que me parece singularmente adecuado a las aptitudes del autor.

Estilización radicalmente diversa de la que caracteriza a Víctor Catalá. Ardavín no desmiente su filiación romántica; pero tampoco su voluntad de adaptación al magisterio del clasicismo castellano. Vierte su vino en los odres viejos. Acaso su misma profusión léxica, su educación de estilista, perjudican a la espontaneidad y frescura de su dicción. Ardavín es un escritor antes que un evocador. Y su alma de poeta triunfa siempre sobre la impavidez del objetivismo narrativo.

Delicadeza en las imágenes, eufonía cuidada en el período, sentido de la emoción y de la ternura; he aquí sus rasgos. Todas las narraciones reunidas en ese volumen pertenecen también al tomo elegiaco. Entre ellas se destaca *El Hijo*, que da nombre al libro. Emana de ella un noble y penetrante sentido del sacrificio.

Gabriel ALOMAR

EDITORIAL MUNDO LATINO

	Pesetas.
JOSE FRANCES: Sortilegio (novelas)...	4,50
CABALLERO AUDAZ: Lo que sé por mí (10.ª serie), con ilustraciones...	5,00
ARMEN OHANIAN: La Danzarina de Shamaká (novela)...	4,50
GJELLERUP, premio Nobel de Literatura: El Peregrino Camanita (novela)...	4,50
LOPEZ DE SAA: Carne de relieve (novela)...	4,50
GOMEZ CARRILLO: En las trincheras...	4,50
VERLAINE: Fiestas galantes (traducción en verso de Luis F. Ardavín)...	4,00
CARRERE: Románticas y otros poemas...	4,00
Novela universal para todos, van publicados 14 volúmenes, a 1 peseta. Pídase el Catálogo a Apartado 502. Librería, Caballero de Gracia, 28.	

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

SERRANO, 17

AYALA, 60

Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.—MADRID

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.

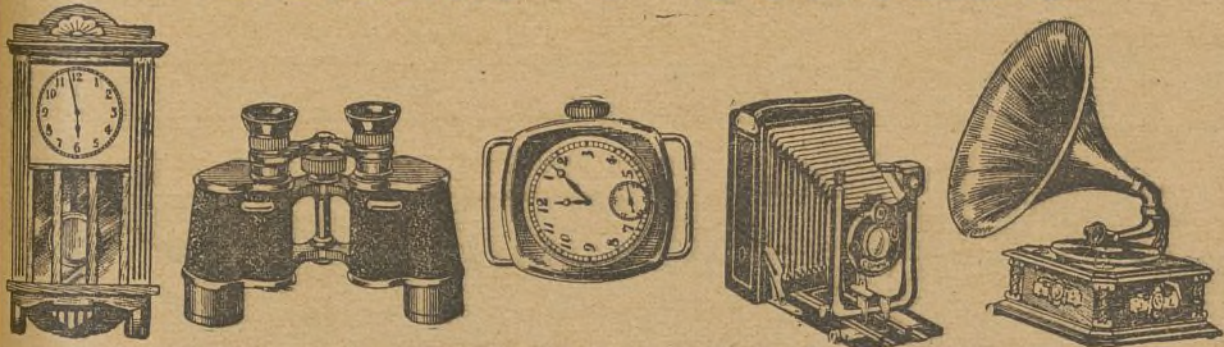
AGUAS DEL INICIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)

A PLAZOS Y CONTADO



Relojes de todas clases.—Gemelos prismáticos.—Cámaras fotográficas.
Aparatos parlantes.—Pídase catálogos a BERGARA y COMPAÑÍA.—Idia-
que, 6.—San Sebastián.

Las selectas producciones que se impondrán esta temporada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irreprochable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID

Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA.

Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.

De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50.—MADRID

CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico
de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

De venta en todas las farmacias y droguerías. — Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos —

LA
MÁQUINA
PARA ESCRIBIR

ROYAL

Es la preferida en todos los Centros oficiales y grandes Casas de comercio y banca, Empresas periodísticas y Compañías : : de ferrocarriles ! !

60.000 máquinas en uso en toda España

Concesionarios exclusivos para España y Colonias:

TRUST MECANOGRÁFICO

MADRID: Montera, 29. * BARCELONA: Pelayo, 62.
VALENCIA: Paz, 17. * SEVILLA: Rioja, 14.
BILBAO: Escruza, 6.

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGUENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

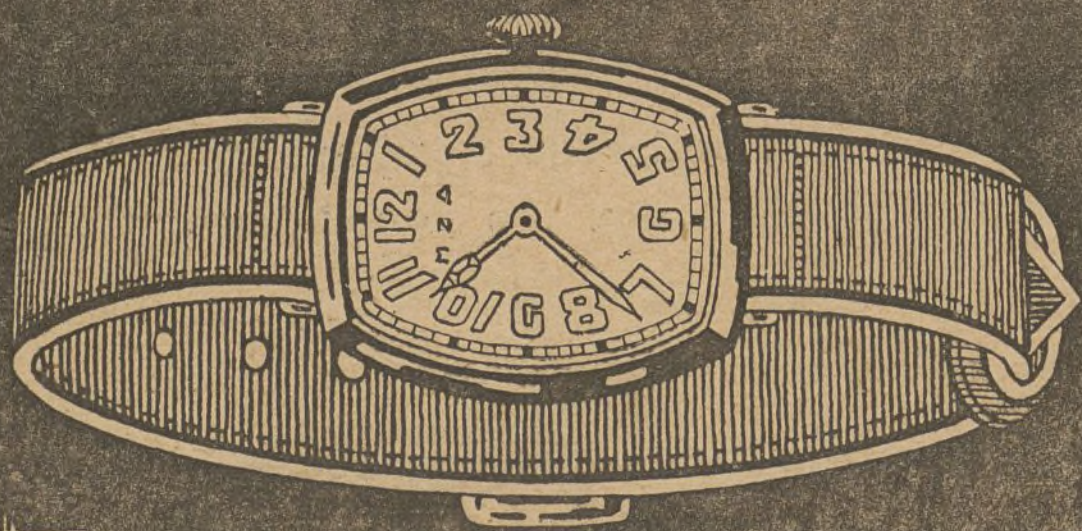
Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



Carlos Coppel



HELIOS

**FÁBRICA
DE
RELOJES**
Fuencarral 27-MADRID

Certificado de garantía
con cada reloj